

las demostraciones ofensivas al decoro de su bienhechor, correspondiendo á la gratitud debida con su respeto hácia los lazos matrimoniales, próximos á romperse por una mujer inconstante y falaz. No acertaremos á decir si tan noble proceder era efecto de honrada consideracion ó cálculo intencionado, temeroso de ahuyentar la loca fortuna que le colmaba de favores, dándola por rival las gracias de la esposa infiel, un poco macizas y adecuadas para vistas de lejos.

Sea como fuere, envanecido Brigham no cabía en sí de regocijo al contemplar el triunfo viviente de su idea favorita, hasta el punto de juzgarse capaz de acometer la reforma de cuantos abusos habían afligido al linaje humano en la serie de los tiempos. Guardar con el astuto Jusepe aten-

ciones en cualquier circunstancia era el medio mejor para captarse la voluntad del orgulloso mister; así es que sus amigos y comensales se deshacían elogiando la honradez del amable salteador que había tenido la generosa abnegación de trocar las escabrosidades de la montaña por las mu- lidas alfombras, algunos carlinos arrebatados con peligro por un caudal adquirido sin trabajo y la desabrida polenta napolitana por la regalada cocina de un rico negociante de la City de Londres.

—¿Qué decís ahora, señor Wilson? preguntaba una noche el Mentor de Malatesta al antiguo sabio que ya conocemos. ¿Veis á mi hombre criminal portarse de una manera intachable en el momento que la sociedad injusta dejó de hacerle blanco de sus iras?



¡Gracias á Dios, que por fin encontré lo que buscaba!

—Aguardad un poco, le dijo éste, nos hallamos al principio del drama; Dios quiera que la catástrofe no sea fatal para vos.

—¿Es posible que penseis de esa manera? ¿No le veis al lado de mi esposa con toda la mansedumbre de un cordero?

—En mi último viaje al continente, añadió el literato, compré un lobezno domesticado y le traje conmigo. Juguetaba con los animales del parque y me prometía haberlo grado cambiar sus feroces instintos. Pero tomó fuerza, le crecieron los dientes, y cuando menos se pensaba huyó despues de haber ocasionado destrozos lamentables. Cuidad no acontezca lo mismo con el vuestro.

—Eso podrá suceder tratando de una fiera encadenada, pero no de mi leal convertido, á quien pienso asegurar una posicion independiente y libertad absoluta.

SEGUNDA SERIE.—1867.

—Perdonad, mister; temo que vuestros errores han de ocasionaros fatales consecuencias.

—Tranquilizaos, amigo; dentro de poco el sujeto que sospechais puede causar mi desgracia, marchará lejos de aquí para regresar muy tarde. He fletado por su cuenta un buque cargado de ricas mercaderías con destino á Constantinopla y costas del mar Negro. ¿Aprobais semejante determinacion?

—¿Habeis garantizado el cargamento?

—Con todo cuanto valgo. Esto nada me perjudica, y de otra manera no hubiera podido realizarse el negocio.

—Estorbad esa partida por todos los medios imaginables, procurad que se rescinda el contrato ó estais perdido sin remedio.

—¡Imposible! sois descontentadizo y caviloso en demasia,

AÑO XXV. 17

—Y vos incorregible y obcecado en el mal. Solo me resta compadecerlos.

Sin añadir otra cosa dejó la sala y se ausentó para no volver.

Al otro día reinaba la confusión y el trastorno en casa de mister Brigham. Había desaparecido mister Betty, sin que fuese posible averiguar su paradero. ¿Sería este suceso consecuencia de un rapto ó una fuga voluntaria? Nadie lo sabía. Únicamente algunos aseguraban haberla visto marchar á deshora en dirección á Southwarh, barrio de la marina; le registraron con detención y nada se pudo hallar. Sin duda se ocultaba á bordo de una de las muchas embarcaciones que á todas horas salen del Támesis. El desconsolado esposo, que la profesaba un cariño verdadero, quiso buscar lenitivo á su dolor en la compañía de su amigo Jusepe, mas éste debía ausentarse á la mañana siguiente.

—Quedo abandonado, le decía Brigham derramando amargo llanto por la primera vez de su vida; soy viejo y los achaques me impiden acompañarte; pero vuelve pronto; arregla los negocios de cualquier modo, ya que tu partida es inevitable, y no te olvides que te aguarda con los brazos abiertos un padre que todo lo ha sacrificado por tí.

—No lo dudeis, señor, le respondió Malatesta, yo me portaré según merece vuestra conducta.

Hasta perder de vista á la fragata mercante en que navegaba su favorito Jusepe, permaneció en la orilla el indiscreto bienhechor lamentando la soledad de sus últimos años. Cuando se retiró á su triste hogar apenas un ligero rastro de humo azulado señalaba en el horizonte el rumbo de la embarcación, que sin contratiempo alguno pasó el canal de la Mancha, atravesó el Estrecho y surcó el Mediterráneo hasta llegar á la altura del cabo Vatapan en la Morea: siguiendo adelante fué sorprendida entre Cérigo y Candia por tres bergantines piratas, á los que Jusepe prohibió oponer ninguna resistencia. Mucha parte de la tripulación se negó á obedecer, pero los más, arrastrados por el ejemplo del jefe, ó creyendo sacar mejor partido, abandonaron las armas y fué preciso aceptar la ley del vencedor. Los que no quisieron alistarse entre los corsarios fueron pasados á cuchillo y el barco echado á pique para desvanecer toda huella del crimen, después de haber trasbordado el cargamento. Mas era imposible permaneciese oculta semejante violación del derecho público. Al poco tiempo las autoridades inglesas de la isla de Malta tuvieron noticia del suceso, y mandaron un buque de guerra á las aguas del Archipiélago en averiguación de los pormenores. Resultó Malatesta culpable de inteligencia con los piratas, y por consiguiente sentenciado á pena de horca cuando pudiera ser habido, sometiéndose al mismo tiempo la conducta de mister Brigham á una minuciosa averiguación en vista de las vehementes sospechas que resultaban contra su persona. Era demasiado inocente y nada pudo probarsele, pero esto no evitó que tuviera que indemnizar á los dueños de las mercancías robadas, después de sufrir largo tiempo de cárcel.

Quedó pobre, burlado en sus afecciones mas caras y con la honra puesta en duda: aun pudiera la religion haber ofrecido consuelo á su desgracia, pero las verdades morales siempre fueron consideradas por él como preocupaciones groseras y solo tuvo por remedio asociarse al club del *Spleen*. En este horrible círculo se hallan á disposición de sus miembros cuantos instrumentos de suicidio puede ape-

tecer la fatal manía de los concurrentes. Todos los años los individuos que se juzgan con mejor derecho acuden á la presidencia solicitando les conceda permiso para quitarse la vida. Según las razones que aducen es denegada ó concedida la instancia de uno solo, á quien se facilitan desde luego los medios de que la sociedad dispone.

En cierta ocasión se hallaba mister Brigham revisando con indolencia uno de los principales periódicos, cuando vino á sacarle de su mortal apatía la noticia siguiente:

«El vapor de S. M. *Charlestown*, destinado de crucero en la costa de Africa, ha hecho volar con los acertados disparos de sus proyectiles huecos á un buque dispuesto á ejercer el tráfico de negros. Entre los muertos se cuenta, según declaración de algunos marineros á quien se logró salvar, un tal Jusepe Malatesta, famoso ladrón italiano, bastante conocido en la City, anteriormente condenado á muerte como pirata por los tribunales de Malta: su manceba, mister Brigham, que le acompañaba en la expedición, ha sufrido la misma suerte.»

La desgracia del infeliz esposo había llegado á su término, y ningún efecto le causó al parecer la nueva que recibía tan de improviso. Únicamente pidió tinta y papel, redactó la desatinada demanda de que antes hemos hablado y fué á presentarla al secretario del club para que la diera curso.

Examinada á su debido tiempo se la encontró razonable, y por lo tanto, con arreglo á los estatutos, escogió la muerte por asfixia con el carbon de piedra. Murió desesperado, mas no convencido de sus errores acerca de la inclinación al bien propia del linaje humano, pues nada es igual al fanatismo de una torcida filosofía contra las pruebas de la verdadera lógica.

DIONISIO CHAULIÉ.

BURGOS.

Situada casi en el centro de Castilla la Vieja en el declive de una cordillera á la márjen derecha del río Arlanzon, que la baña y divide el barrio de la Vega; disfrutando de un clima que, aunque frío, es sano y sumamente agradable en la estación calurosa, debe su fundación á don Alfonso III, quien conociendo la importancia del sitio que ocupaban las ruinas del antiguo Brago, mandó en 883 al conde Diego Rodríguez alzar el castillo y la ciudad de Burgos para impedir que los musulmanes que iban por San Estéban de Gormaz, como los que pasaban por la Rioja, tuvieran entrada libre para el reino de Leon, siendo además el sitio acomodado para gran presidio. Procuró el conde don Diego con grande eficacia cumplir las órdenes del rey, y para poblar y engrandecer á Burgos, persuadió á los que se habían retirado á las montañas que acudiesen á habitar la nueva ciudad.

Tal es la verdadera época y la historia de la fundación de esa ciudad, que ha sido teatro de tan grandes acontecimientos en casi todas las épocas, que casi nunca ha carecido de verdadera importancia, corte de muchos reyes y cuna de grandes patricios.

No necesita en verdad Burgos que se remonte su fun-

dacion á tiempos de godos ó romanos, ni cual pretenden algunos, que se pierda en la oscuridad de los tiempos, como si la antigüedad diera mas honra: no le falta con ser la que es su fundacion y deberla á uno de los mas esclarecidos reyes de Castilla, Alfonso III el Magno, que tanto extendió los límites de la monarquía asturiana, y tanta gloria, esplendor y grandeza dió al reino. Y teníala tambien el conde Diego Rodríguez, uno de los mas valerosos capitanes de su tiempo, que reunía á la vez grandes dotes de gobierno.

Creciendo Burgos en vecindario é importancia y distinguida con la multitud de mercedes que á porfía la otorgaban los reyes, llegó hasta á emanciparse de la monarquía de Asturias, proclamar la independencia de Castilla y tener sus jueces que la gobernarán. Nuño Rasura y Lain Calvo fueron éstos, y no tuvieron en verdad que arrepentirse los burgaleses y castellanos de los encargados de hacerles justicia, ni luego despues de su conde Fernan Gonzalez, esa colosal figura, que la historia, el drama y la poesía han presentado bajo todos sus aspectos con más ó menos pasión, pero siempre dando honor y gloria á esa tierra que se erigió despues en monarquía poderosa, que ganó á los moros sus pueblos y se unió despues á la de Leon para ser la base de la gran monarquía española.

No es para un artículo de periódico enumerar las glorias de Burgos, que se hallan en cada página de la Historia de España, no somos tampoco sus apologistas, pero presentamos una vista de esa poblacion, descollando la de su admirable catedral, de afligranadas torres, y donde todos los viajeros contemplan absortos el magnífico y sorprendente crucero, que mas parece finísimo encaje que labor de piedra, y hemos creído conveniente dar una idea aunque ligera de esa ciudad, ó mas bien de su fundacion, sirviéndola de corolario el privilegio del rey don Alonso X, concediéndola el Fuero Real, y varias franquezas á sus vecinos. Dice así:

«Conoscida cosa sea á todos los homes que esta carta vieren, como yo D. Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Castiella, de Toledo, de Leon, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jaen. Porque fallo que la noble ciudad de Burgos, que es cabeza de Castiella, no habian fuero cumplido porque se juzgasen así como debian, é por esta razon venian muchas dudas é contiendas é muchas enmiendas á la justicia: Yo el sobredicho Rey D. Alfonso, queriendo sanar todos estos daños, en uno con la Reina Doña Violante, mi muger, é con mi fijo el Infante D. Fernando, doles et otórgoles aquel fuero que yo fize con consejo de mi córte, escrito en libro é sellado con mio sello de plomo, que lo hayan el concejo de Burgos tambien de villas como de aldeas, porque se juzguen por él en todas cosas para siempre jamás. É por les facer merced por los muchos servicios que ficiéron al muy noble y mucho alto é onrrado Rey D. Alfonso, mi visaguelo, é al muy noble é muy alto é mucho onrrado el Rey D. Fernando mio padre, é á mi antes que regnare é despues que regné, doles é otórgoles estas franquezas, é mando que los cavalleros que tovierén las mayores casas pobladas en la villa con sus mugeres é con fijos, é los que no tovierén fijos con la compañía que tovierén, desde ocho dias antes de Navidad fasta ocho dias despues de cinquesma, toviere caballo, é armas é cavallo de treinta maravedis arriba, escudo é lanza, é capicello de fierro é espada é loriga é bragoneras, é perpuntos que sean escusados de pecho, é por los otros he-

redamientos que tovierén en las otras villas de mis regnos que non pechen por ellos, é que escusen sus paniaguados é sus juveros, é sus molineros, é sus ortolanos, é sus pastores que guardan sus ieguas é sus ganados, é sus asnos é asnas que crian sus fijos estos escusados que hovieren, si cada uno hoviere valia de cien maravedis en mueble é en raiz, é en cuanto que hoviere ó dende aiuso, que le puedan escusar; é si hoviere valia mas de cien maravedis que le non puedan escusar, é que peche al Rey. É quando el caballero moriere é fincar su muger, mando que aya aquella franqueza así como los otros cavalleros; é si casare con pechero que peche, é si la viuda fijos hoviere en su marido que sean de edad de diez é seis años. É si desque fuerén de edad tovierén cavallos é armas, si ficieren fuero como los demas cavalleros, que ayan su honrra é su franqueza como los otros cavalleros, é si non, pechen. É otro si otorgo, que el concejo de Búrgos que ayan sus montes é sus defesas libres é quitas así como siempre las hobieron, é lo que dende saliere que lo metan en pro de su concejo, é los montaneros é defeseros que ficieren que los tomen á soldada, é que ju'en en concejo á los alcaldes, é que esta jura que la tomen los alcaldes en voz del concejo, é que guarden bien sus montes é sus defesas, é que toda cuanta pro hy pudieren facer que la fagan, é lo que dende saliere que gelo den al concejo para meterlo en su pro para lo que menester hubiere que pro sea del concejo á quien den cuenta é recabdo los defeseros de todo cuanto tomaren cada año quando quier que gelo demandaren: et estos omes buenos que den fiadores, que aquello que los montaneros les dieren que lo metan alla ó el concejo mandare que pro sea del concejo. É otro sí, mando que los cavalleros que puedan hacer prados é defesados en las sus heredades, conocidas para sus bestias, é para sus ganados, é estas defesas que sean guisadas, é con razon porque non venga ende danno á los pueblos. É demás desto les otorgo que el año que el concejo de Búrgos fuere en la hueste por mandado del Rey, que non pechen marzadga aquellos que fuerén en la hueste. É mando é defiendo que ninguno non sea osado de ir contra este privilegio de este mio donadio, nin de quebrantarle, nin de minguarle en ninguna cosa, ca qual qualquier que lo ficiere abrie mi ira é pechamie en coto diez mil maravedis, é al concejo de Búrgos todo el danno doblado. É porque este privilegio sea firme é estable mandélo sellar con mi sello de plomo. Fecha la carta en Segovia por mandado del Rey, veinte y siete dias andados del mes de julio en era de mil é doscientos é noventa é quatro annos (1). É yo el sobredicho rey D. Alfonso regnante en uno con la Reyna Doña Violante mi muger, é con el Infante D. Fernando en Castiella, en Toledo, en Leon, en Galicia, en Sevilla, en Córdoba, en Murcia, en Jaen, en Baeza, en el Algarve otorgo este privilegio é confirmolo.—D. Sancho, electo de Toledo é Chancellor del Rey conf.—D. Phelipe, electo de Sevilla, conf.—D. Alonso de Molina, conf.—D. Federique, conf.—D. Jhoan, Arzobispo de Santiago é Chancellor del Rey, conf.—D. Alonso, fijo del Rey D. Johan, Emperador de Constantinopla é de la Emperatriz Doña Berenguela, Conde Do, vasallo del Rey, conf.—D. Johan, fijo del Emperador é de la Emperatriz sobredichos, Conde de Monfort, vasallo del Rey, conf.—D. Aboadile Abennazar, Rey de Granada, vasallo del Rey, conf.—D. Mahomed Abenmahomat, Rey de Niebla, vasallo del Rey conf.—D. Gaston, Vizconde de Beart, vasallo del Rey,

(1) Año 1256 de la era de Cristo.

conf.—D. Gui, Vizconde de Limoges, vasallo del Rey, conf.—D. Aparicio, Obispo de Burgos, conf. Lo hacen á continuacion los prelados de Palencia, Segovia, Sigüenza, Osma, Cuenca, Avila, Calahorra, Córdoba, Plasencia, Jaen, Cartagena, y todos los demás que sin duda seguian á la corte ó estaban á la sazón con ella, los maestros de las órdenes de Calatrava, del Temple, de Santiago y de Alcántara y multitud de otros personajes que omitimos en obsequio á la brevedad.

Al estampar los arriba espresados, es nuestro ánimo demostrar el boato de aquella corte, en aquellos tiempos, y cual era la grandeza de una monarquía que tenia hijos de

emperadores, y aun emperadores mismos por vasallos. ¡Lástima grande que en vez de alucinarse quizá con tanto esplendor no se atendiera debidamente á la gobernacion de los pueblos, sedientos de justicia! y que aquel rey, que era ilustrado y sabio y se veía rodeado de tanta grandeza, tuviera á poco que empeñar hasta su propia corona para comer, y por culpas propias y ajenas apenas era obedecida su autoridad en la ciudad de Sevilla, donde fué á acabar sus dias no quedándole un rincon en España en que se le acatara como rey.

Pero volviendo á Burgos, siguió obteniendo privilegios y mercedes de todos los reyes, su residencia muchas ve-



Una calle de Burgos.

ces, convocándose allí diferentes cortes, cuyo voto sostuvo en competencia con Toledo sobre cual de los dos habia de tener la preferencia y hablar el primero, cuya disputa se originó en las cortes de Alcalá de Henares en 1349 en las que alegando ambos sus derechos sin poder avenirse, dijo el rey don Alfonso.

—Hable Burgos, que yo lo haré por Toledo.

Y así terminó la contienda.

La posición que ocupa Burgos, le ha dado siempre verdadera importancia, de la que difícilmente carecerá, por ser un punto estratégico y una excelente base de operaciones. Así lo comprendieron los franceses en su invasion

al principio de este siglo, y pusieron tanto afán en apoderarse de esa plaza y su castillo y conservarlos, sirviéndoles mucho cuando en 1813 reconcentraron sus ejércitos, y emprendieron la retirada que tan funesta les fué en Vitoria.

Participando hoy Burgos de los adelantos de la civilización, es una de las mas excelentes poblaciones de Castilla la Vieja, es allí grata la vida, sin que se carezca de cuanto hoy se necesita para satisfacer las mayores exigencias.

PIRALA.

LAS MÁSCARAS.

Cuando llegan esos cuatro días de Carnaval en que vemos la corte de España convertida en casa de locos, esos días en que apenas hay vivienda en Madrid que no se quede desalquilada porque sus mas pacíficos y sesudos moradores se apresuran desde muy temprano á sentar sus reales en las sillas del paseo del Prado, en donde se divierten grandemente recibiendo bromas que suelen ser bromazos, bajo un sol que suele regalarles soberanos tabardillos, ó sobre una humedad que les promete deliciosos catarros; apenas hay personas por muy vulgar que sea su condicion á quien no se le despierte la curiosidad de saber cual habrá sido el origen de las máscaras y del Carnaval. Esta curiosidad natural que habrán sentido, sin duda, la generalidad de nuestras lectoras cuando mostrando su belleza reciben en el Prado con la sonrisa en los lábios las lisonjas que les tributan los enmascarados, y las picantes bromas, que tanto les agradan unas veces, si no hacen asomar á su rostro rojos colores; la han sentido tambien los eruditos y han tratado de hacer investigaciones acerca del origen de las máscaras y los disfraces. Recogiendo los datos y noticias que ellos nos suministran veamos los precedentes históricos de las máscaras.

El origen de la máscara ó careta se pierde en las tinieblas de la antigüedad.

Si estudiamos las costumbres de los egipcios vemos ya, que en las ceremonias religiosas intervienen hombres con máscaras de forma de cabezas de animales. Diodoro de Sicilia dice, que los sacerdotes encargados de dar la comida á los animales sagrados de que se hacia uso en los sacrificios y ceremonias del culto, usaban máscaras que afectasen la forma de la cabeza de aquellos animales á quienes servian de comer, y asi es que los sacerdotes egipcios empleaban máscaras de forma de cabezas de leon, de gaviota, etc.; y segun Millin esas máscaras eran de papiro. Habia tambien entre los egipcios fiestas como la que se celebraba en honor de Isis, diosa guerrera, en la cual los hombres se vestian de mujer y las mujeres de hombre.

Las caretas y los disfraces eran requisito indispensable para la celebracion de las fiestas de Baco. Si fijamos bien la atencion en el carácter de aquellas fiestas y solemnidades religiosas, podremos quizá adivinar el origen, la razon filosófica de ser de las máscaras. Aquellas ceremonias del culto eran verdaderas orgias donde olvidando todo sentimiento de pudor se entregaban á todo género de liviandades y se cometa toda clase de excesos en medio del mas escandaloso é impúdico desorden. El pudor, esa preciosa joya de que Dios adornó el alma humana, es un sentimiento natural instintivo en el hombre y en la mujer, es un atributo característico del corazon humano que distingue al hombre del bruto, y por lo tanto el pudor se hace sentir siempre, mientras que forzosamente no llega el hábito y la costumbre violentando la naturaleza, acallando los móviles naturales, á extinguir ese sentimiento instintivo. Ahora bien los individuos familiarizándose con aquellos excesos llegarían á vencer y dominar su natural instinto hasta el punto de dejar de sentir ese móvil llamado pudor; pero antes de llegar á ese estado pasarían por otro, porque ese no es el estado natural y primitivo sino secundario y creado forzosamente por la costumbre, por la repeticion de actos; y entonces los que no avezados todavia á los excesos de la

desvergüenza y el descaro, sintieran, como no podian menos de sentir los que por vez primera se entregaban á aquellos placeres, el rostro abrasado por el rubor, parece natural que instintivamente recurriesen al medio de taparse la cara para acallar así el pudor, y libres de sus enojosas advertencias disfrutar todo el placer de la orgia, consagrándose á poner en juego todos los resortes suministrados por el refinamiento de los goces materiales. Quizá esta es la explicacion natural y racional del origen de la careta y el disfraz. Si en efecto nació así la careta nació como debía nacer la representacion material de la máscara, que es en la esfera moral hermana de la mentira y la ficcion, hija mestiza del descaro y el pudor, como la hipocresia hermana de la careta es hija mestiza de la virtud y el pecado. Si nació así la careta, nació en Egipto de donde era originario Baco, á quien desde luego se tributó nefando culto en medio del mas inmoral y escandaloso desorden.

Tambien en otros pueblos á Baco se tributaba culto parecido al que tenia lugar en Egipto; y en Grecia, por ejemplo, celebraban fiestas en honor de este dios coronados de yedra, disfrazados, y con el rostro desfigurado ó enmascarado, como se hacia tambien en las fiestas de Cibele, Minerva, Isis y Ariadna; siendo tambien dignas de mencionarse, la fiesta llamada de los ramos, en que disfrazados de doncellas, los jóvenes de las principales familias llevaban en procesion desde el templo de Baco al de Minerva un ramo de oliva envuelto en lana y cargado de uvas, higos, y otras frutas; así como tambien las lupercales, las bacanales, las fiestas del dios Pan, las de Palas y otras varias ofensivas al pudor, en todas las cuales vemos juegan un papel principal los disfraces y caretas.

Los hebreos á pesar de las prohibiciones del Deuteronomio, vemos que emplean disfraces en las fiestas de Pharimio que celebraban en memoria de la proteccion que el Señor les dispensó para librarles de las asechanzas de Aman.

De Roma se dice, que los primeros pobladores, siendo aun pastores, celebraban ciertas fiestas en que hacian uso de disfraces y se tapaban el rostro. Despues vemos las saturnales, aquellas festividades en que los esclavos tenian licencia de decir á su amo todo lo querian, sentándose con él á la mesa, y poniéndose sus vestidos, único desahogo que disfrutaban en aquella miserable vida de esclavitud que les habia de parecer mas horrible despues de aquellos brevissimos momentos de pasajera libertad. En los regocijos públicos que tenian lugar cuando de vuelta de la victoria entraba en Roma algun gran guerrero á quien la patria concedia los honores del triunfador, disfrutaban los esclavos de igual permiso cantando versos satíricos al triunfador y en todas estas festividades solian emplearse caretas y disfraces.

Vistos estos precedentes de la máscara, tomados del culto religioso y de las fiestas cívicas, busquemos otros en el arte dramático.

En los primeros momentos del arte escénico, es natural que los actores se pintasen y desfigurasen el rostro, y en efecto, así dicen que se representaban las piezas de Thespis. Mas tarde se hicieron caretas de hojas de bardana ó lampazo.

Segun Suidas y Ateneo, la invencion de la careta se debe á Cherilo; pero segun Horacio, á Esquilo; y Aristóteles en su Arte poético declara, que en su tiempo no se podia asegurar á quien se debía la invencion de la careta.

Suidas, dice, que el poeta Phrynico presentó en el teatro la primera máscara de mujer y Neofron de Sicione

la de un pedagogo; Diomedes afirma que Roscio Galo fué quien introdujo en el teatro la máscara para ocultar un defecto que tenía en los ojos; Ateneo asegura que Maison, autor de Megara, inventó las máscaras para representar sirvientes, criados, cocineros, etc; Pausanias dice que Esquilo introdujo las máscaras feas y horribles en sus piezas de las Euménides, pero atribuye á Eurípides las máscaras con serpientes en la cabeza.

Las caretas, si hemos de creer á los autores, fueron primeramente de corteza de árbol y despues fueron sustituidas por otras de cuero, que eran mas suaves. Las primeras caretas de madera se atribuyen á Hesychio.

Polox distingue tres clases de máscaras teatrales: cómicas, trágicas y satíricas correspondientes á estos tres géneros dramáticos segun la distinta espresion de la fisonomía. Habia tambien las de los pantomimos y bailarines, que eran de aspecto agradable.

Habia entre los griegos, ademas de las máscaras de teatro otras conocidas con diversos nombres: eran llamadas, prosopiea, las que representaban el rostro al natural; marmolicheia, las que servian para figurar las sombras de los muertos; gorgoneia las que servian para inspirar terror y representar las Furias. Y habia además de las dichas una clase especial de caretas llamadas hermoneia, nombre que tomaban de su inventor Hermon: la especialidad de estas máscaras consistia en que eran calvas, unas completamente y otras solo por delante.

Vemos, pues, en Grecia una clasificacion completa de caretas ó máscaras. A cada género de poesia dramática correspondia una clase particular de máscaras cuya fisonomía y espresion estuviera en relacion con el carácter cómico, burlesco, satírico, dramático ó trágico de la pieza.

Para comprender bien la aplicacion de la careta al teatro antiguo es preciso hacerse cargo de lo que era el arte dramático en aquel tiempo y de las condiciones materiales de aquel teatro.

Queriendo aproximar la ficcion todo lo mas posible á la verdad, se exijia que el actor se pareciese todo lo mas posible al personaje que representaba, siempre que, como era lo mas frecuente, el asunto del drama perteneciese á la historia, ó tuviese como solia tener entonces, el carácter de sátira, de censura contra personas contemporáneas. Por esto la careta aspiraba á ser en todos estos casos un retrato fiel ó caricaturado del personaje que se trataba de representar. Aristófanes, por ejemplo, en su comedia las Nubes pone á Sócrates en escena. Por esto era frecuente que los autores en los libretos explicasen como habia de ser la máscara que sacase cada autor para representar su papel con la mayor propiedad posible. Es de advertir una circunstancia especial que hacia mas indispensable el uso de la careta y es que en los primeros tiempos del teatro no tomando parte las mujeres en las representaciones, los papeles femeninos tenian que ser representados por hombres con caretas de mujer.

El uso de la máscara hacia defectuoso é imperfecto el arte dramático, y el deseo de remediar esta imperfeccion le hizo ser todavia mas defectuoso. El arte dramático, en el verdadero sentido de la palabra, puede decirse, que apenas existia desde el momento en que, mediante el uso de la careta, quedaba reducida á muy estrechos limites la accion, aquello que realmente constituye el arte escénico. Desde el momento en que el actor ocultaba su rostro detrás de una máscara se veia dispensado de hacer creer al público con las finjidas alteraciones de su fisonomía, que el estado

de su corazon estaba en armonia con sus palabras. De modo que por buscar la verdad en el parecido del rostro, se sacrificaba la verdad que busca la declamacion en la habilidad del actor que sabe impresionar al espectador hasta el punto de hacerle olvidar que ve una ficcion para hacerle creer que son reales los hechos que solo son representados artisticamente. Los antiguos hubieron, sin duda, de comprender esta imperfeccion de su declamacion y para remediarla inventaron un medio, que lejos de conducir al objeto deseado no hizo sino llevar el ridiculo al arte dramático. El medio inventado fué usar caretas, de cuyos dos lados, cada uno representaba un sentimiento, una pasion, una emocion distinta, y mientras media cara, por ejemplo, aparecia risueña, la otra media aparecia iracunda ó llorosa ó atemorizada, segun convenia al papel de cada personaje; y el actor, segun la escena que representaba, cuidaba de mostrar al público un lado ú otro de su enmascarado rostro.

Es de notar además una circunstancia que hacia mas defectuosas las caretas, pero defecto irremediable porque era consecuencia necesaria de las condiciones materiales del teatro antiguo. Las caretas tenian una boca excesivamente grande, con el objeto de poder ajustar en ella una especie de trompa ó bocina. Esta necesidad se explica teniendo en cuenta, que las representaciones tenian lugar en grandes locales, muchas veces al aire libre y á la luz del dia, en vez de la luz artificial de que hoy nos valemos; todo lo cual se comprende por lo suave del clima meridional de los pueblos donde vemos estas costumbres. Y así como los actores por medio de un calzado de forma particular procuraban aumentar notablemente su estatura poniéndola en relacion con la mayor importancia del papel que cada uno representaba para que el protagonista fuese mejor visto y distinguido por todos, así tambien era preciso el uso de la trompa para poder ser oido desde todas partes. Por esto Aulo Gelio y Boecio dicen, que las máscaras cubrian la cabeza y servian para reforzar la voz.

Y no se crea, que solo en las ceremonias del culto y en el teatro se usaron en lo antiguo las máscaras. Ya hemos indicado que en ciertas fiestas y regocijos públicos, como cuando se concedian á algun general los honores del triunfo, en que se daba libertad á los esclavos y licencia á los soldados para decir al triunfador versos satíricos que solian ser verdaderos insultos, se usaban tambien caretas y disfraces.

Tambien con otro objeto se usaron las caretas en la vida ordinaria. Hubo una época en que las matronas romanas dieron en usar unas máscaras de cierta masa preparada con harina, trigo y leche, con el objeto de preservarse del aire y conservar la fluira del cutis, invencion atribuida á Poppea, mujer de Neron.

En la Edad Media hubo tambien fiestas y regocijos públicos en que jugaron los disfraces un principal papel, pero claro está que con un carácter distinto, tal como exigia la diversidad de los tiempos y el distinto colorido de las costumbres. Vemos disfraces en todas aquellas solemnidades y festejos que tienen lugar con ocasion de la coronacion y consagracion de los principes y emperadores, en los casamientos de personas reales, toma de armas, entrada de principes en las ciudades y otros acontecimientos semejantes. En lo antiguo los asuntos mitológicos son los favoritos, ahora ya figuran en los disfraces los asuntos bíblicos y los de capricho al lado de los mitológicos, efecto sin duda, del nuevo rumbo que imprime el cristianismo

á las costumbres y del carácter místico de los tiempos.

Las máscaras, tales como hoy las conocemos, se introdujeron en Italia hácia 1575, y casi al mismo tiempo se introdujeron en Francia. Aquí tardaron algo mas en introducirse. Inglaterra tambien aceptó las costumbres francesas.

La costumbre de solemnizar con disfraces y máscaras ciertos acontecimientos importantes, poco á poco fué insensiblemente convirtiéndose en un hecho periódicamente repetido sin mas objeto ni razón que el de divertirse el pueblo, entregándose á la alegría y al regocijo en ciertos dias del año. Y hé aquí ya el Carnaval ó Carnestolendas, palabras que segun los etimologistas vienen de las dos latinas *caro* y *vale*, carne adios, y de la española carnes y la latina *tollo*, llevar, quitar, con cuyas palabras se revela que el Carnaval, es un regocijo lícito á que se entregan los pueblos para consagrarse inmediatamente despues á la vida de ayuno y de privacion, á que se consagran los cristianos anualmente en esa época conocida con el nombre de Cuaresma en que la Iglesia cristiana recuerda los cuarenta dias que el Salvador del mundo vivió en el desierto. De esta manera las máscaras empezaron siendo una bacanal y cambiando sucesivamente de carácter, esta costumbre pagana ha podido llegar á ser practicada por pueblos cristianos sin tener en sí nada ofensivo á la moral pública.

El Carnaval adquirió desde luego celebridad en ciertos pueblos por la variedad y lujo desplegado en los disfraces, sobresaliendo en Venecia, en Milan y Roma, por la viva y fecunda imaginacion de los habitantes de estas meridionales poblaciones.

Las expediciones de las tropas francesas á Italia en el siglo XVI., llevaron á Francia nuevos disfraces que se pusieron muy en uso en las lujosas fiestas de que tanto gustaban los Valois. Ya Carlos VI les dió el ejemplo tomando parte en una célebre mascarada en que estuvo á punto de perecer.

Cuando las italianas Catalina y María de Médicis llegaron á ser reinas de Francia, creció la afición á los disfraces, y mascaradas, imitando siempre á Roma y Venecia. Tambien por aquella época usaron en Francia las damas unas caretas de terciopelo á imitacion de las matronas romanas, sin mas objeto que conservar la finura del cutis preservando el rostro del aire.

En el deslumbrador reinado de Luis XIV. bajo aquella corte corrompida y en aquella inmoral sociedad, se desplegó un lujo inusitado en las máscaras; los disfraces estuvieron muy de moda en los torneos, inspirándose la imaginacion en los asuntos mitológicos que por entonces eran los mas favorecidos.

El Carnaval se introdujo en casi todos los pueblos, y se cree le tuvieron tambien los árabes.

Respecto de España nos da motivo para creer habia ya máscaras en el siglo XVI, el ver que las prohiben don Carlos y doña Juana en 1523, y debia estar algo arraigada esta costumbre, puesto que estas prohibiciones no fueron muy obedecidas, como nos lo hacen sospechar las alusiones á las máscaras que vemos en las comedias de Moreto y Calderon.

En tiempo de Felipe IV., vemos grandes regocijos públicos en celebridad de haber sido elegido rey de romanos su cuñado el rey de Hungría. Con este motivo Felipe IV quiso que el pueblo tuviera un Carnaval alegre, y al efecto mandó construir en el Retiro una gran plaza de madera iluminada magníficamente por la noche. Toda la corte se presentó lujosamente enmascarada; se dió un pregon man-

dando no entrase nadie sin careta; la concurrencia fué numerosísima, y extraordinario el lujo y variedad de vistosos trajes.

Felipe V prohibió severamente el Carnaval, reducido hácia ya tiempo á las calles y paseos.

En tiempo de Carlos III volvieron á ser permitidas las máscaras, y como las anteriores prohibiciones habian aumentado el deseo, entonces se introducen en el teatro los bailes de máscaras, diversion que hubo de ser muy favorecida, y respecto de la cual apareció un reglamento ó instruccion para el buen orden de la fiesta.

En tiempo de Fernando VII vuelven las prohibiciones y no se tolera la diversion de las máscaras sino en las casas particulares, hasta que durante la regencia de doña María Cristina vuelven á renacer con gran estrépito y algazara y comienzan á darse de nuevo grandes y lujosos bailes en el teatro.

Véase, pues, lo viejo que es el origen de esa costumbre que anualmente vemos repetirse en esos cuatro dias en que las gentes se entregan á esa diversion, ya tomando en ella parte activa como enmascarados, ya como meros y pacíficos espectadores; fiesta y regocijo cuyos antecedentes históricos, segun hemos visto, se pierden en la oscuridad de los primitivos tiempos. Al indagar su origen, hemos fijado la atencion en dos precedentes importantes, el culto y el teatro, y despues hemos visto conservarse y transmitirse el recuerdo de aquellos precedentes amoldándose al carácter de los tiempos y de los pueblos segun la ley histórica de la mutabilidad, hasta llegar á nosotros en esa forma en que anualmente vemos repetirse el Carnaval. Nació en la orgia y la bacanal entre los mas inmorales placeres, y andando el tiempo ha llegado á ser lo que es hoy: unos dias de expansion y regocijo en que el moralista, á no ser excesivamente severo é intolerante, no tiene nada que reprobar como contrario á la moral pública y á las buenas costumbres. En la vida es indispensable dar descanso y esparcimiento al ánimo, tanto como al cuerpo, y solo así es posible recobrar nuevos bríos para soportar la fatiga y caminar por el áspero camino del vivir, porque de otro modo, las fuerzas físicas y morales nos abandonarían por completo.

La Iglesia, sin embargo, no ha olvidado todavia que si bien hoy el Carnaval no puede ser reprobado por la moral, debe su origen á los excesos del culto pagano, y por esto conserva la piadosa costumbre, conforme con su espíritu caritativo, de celebrar en sus templos durante los dias de Carnaval la funcion de *Desagravios*, implorando del Señor el perdón para los que se supone le ofenden al mismo tiempo.

Al concluir solo diremos que al ver como los orígenes de las máscaras se pierden en el caos de los primitivos tiempos sin poder fijamente determinar dónde, cómo, ni con qué motivo nacieron, nos ocurre el pensamiento de que las máscaras nacieron como nace todo lo que en la naturaleza humana tiene su razon de ser. Si preguntamos cuando nació el baile ó la música no podremos contestar; veremos nació con el hombre que instintivamente cediendo á móviles que sentia dentro de sí cantó y bailó. De una manera semejante pienso yo nacerian las máscaras; lo mismo que el hombre instintivamente inventó el baile en momentos de alegría y expansion, sin mas que ceder á una especie de necesidad que sentia en su ser; así tambien instintivamente movido por el don de imitacion y sin mas que educar sus sentidos en la contemplacion de la naturaleza, en ese gran libro

que Dios puso delante de nuestra vista para que á todas horas leyésemos en él los grandes secretos que en él se nos revelan, inventaria maneras de desfigurar su persona del modo que mas hiriese su ardiente fantasia y fecunda imaginacion.

LUIS MIRALLES.

VITORIA.

La que es hoy pintoresca y famosa llanura de Alava se cree fué en muy remotos tiempos un lago, cuyas aguas ha-

llaron ó se hicieron natural salida en el paso de las Conchas, que le da hoy al Ebro, y por algun otro punto; cosa, sin embargo, que no hemos de procurar investigar, ni hace á nuestro objeto. Rodeado de montañas todo el valle, presenta un panorama bellissimo, y es de admirar aquella multitud de caseríos y pequeños pueblos sobre un suelo siempre verde, cruzado de riachuelos, pastando infinidad de rebaños, y casi en medio del valle destacándose la capital, que ostenta sus altas y esbeltas torres, cual si fueran atalayas de aquel mar de verdor.

Figurando en la historia patria desde la época de la restauracion por pertenecer al reino de Asturias y seguir los alaveses el pendon de los primeros Alfonsos, pertenecia al reino de Navarra en el siglo XII; y don Sancho el Sabio,



Vitoria.

conociendo la importancia de su posicion, mandó en 1181 aumentar y fortificar sus murallas y la dió el título de villa. Sufrió varias vicisitudes, y en 1200 invadió el rey de Castilla don Alfonso VIII los estados del rey de Navarra don Sancho, alegando sus derechos: penetra en la tierra de Alava, pone cerco á Vitoria, que, mas leal de lo que merecia su soberano, le envia mensajeros á Africa para demostrarle el apuro en que se hallaban los vitorianos, y aquel rey que gastaba su tiempo en las civiles contiendas de los africanos, mientras se desmermaba su reino, les autoriza para que

se entreguen al castellano y así lo ejecutan, teniendo Alfonso la noble condescendencia de esperar la respuesta de don Sancho, encomendando en tanto el cerco á don Diego Lopez de Haro.

Rendida Vitoria, lo fueron todas las poblaciones á donde por allí llevó sus armas don Alfonso, haciéndolo unas de grado y otras por fuerza, que cuando la fortuna es próspera todo la ayuda, uniéndose entonces definitivamente á Castilla la Guipúzcoa.

En 1431 la concedió el rey don Juan II el título de ciu-